

La cuenta con su humildad,
Adondé lo más es ménos.

No me precio de entendido;
De desdichado me precio,
Que los que no son dichosos
¿Cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado,
Y que ha de romperse presto.

Señales son de su juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de más,
Otros por carta de ménos.

Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
Tal la pusieron los hombres
Que desde entonces no ha vuelto.

En dos edades vivimos
Los propios y los agenos;
La de plata, los extraños
Y la de cobré los nuestros.

¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?

Todos andan bien vestidos
Y quéjense de los precios:
De medio arriba romanos.
De medio abajo romeros.

Dijo Dios que comería
Su pan el hombre primero
En el sudor de su cara,
Por quebrar su mandamiento.

Y algunos inobedientes
A la vergüenza y el miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos

Virtud y filosofía

Peregrinan como ciegos:

El uno se lleva al otro

Llorando van y pidiendo.

Dos polos tiene la tierra,

Universal movimiento;

La mejor vida, el favor,

La mejor sangre, el dinero.

Oigo tañer las campanas

Y no me espanto, aunque puedo,

Que en lugar de tantas cruces,

Hay tantos hombres muertos.

Mirando estoy los sepulcros,

Cuyos mármoles eternos

Están diciendo sin lengua

Que no lo fueron sus dueños.

¡Oh, bien haya quien las hizol

Porque solamente en ellos

De los poderosos grandes

Se vengaron los pequeños.

Fea pintan á la envidia:

Yo confieso que la tengo

De unos hombres que no saben

Quien vive pared en medio.

Sin libros y sin papeles,

Sin tratos, cuentas ni cuentos

Cuando quieren escribir

Piden prestado el tintero.

Sin ser pobres ni ser ricos

Tienen chimenea y huerto;

No los despiertan cuidados

Ni pretensiones ni pleitos.

Ni murmuraron del grande,

Ni ofendieron al pequeño,

Nunca como yo firmaron

Parabien, ni Pascuas dieron

Con esta envidia que digo,

Y lo que pasó en silencio,

A mis soledades voy
De mis soledades vengo.

(Obras.)

D. LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN

El coche en venta

Quiero contarte
Que D. Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Mas ha de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya, amén)
Sus dos candongas
Y su cupé.

Esta mañana
Salí á las diez
A ver á Clori
(No lo acerté):
Horas menguadas
Debe de haber:
Ibame aprisa
Hácia la Red,
Y en una esquina
Me lo encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,

El martilleo
De somatén,
Y las mentiras
De tres en tres
—Y no hay remedio,
Ello ha de ser:
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde.
Parece inglés:
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra más cuca
No la vereis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito
De Mirabel,
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber,

A un chalán cojo
 Aragonés,
 Que vive al lado
 De la Merced.
 Son dos alhajas!
 No hay que temer!
 Fuertes, seguras,
 De buena ley.
 Con que Domingo
 Puede á las seis
 Ir á mi casa;
 Yo os dejaré
 Las señasPero
 ¿Teneis papel?
 —No tengo nada;
 Ni es menester:
 Dejadme vivo,

Sayon cruel.
 Si ya os he dicho
 Que no gasteis
 Saliva y tiempo:
 Si no ha de ser:
 Si por no hallaros
 Segunda vez,
 Solo, sin capa,
 Me fuera á pie
 Hasta la turca
 Jerusalem.
 —¿Y te parece
 Que le ahuyenté?
 Nunca un pelmazo
 Llega á entender
 Lo que no cuadra
 Con su interés.

(Obras dramáticas y líricas.)

D. ANTONIO DE TRUEBA

Las cruces.

I.

Santas cruces, santas cruces,
 Que alzaron nuestros abuelos
 Desde el pueblo á la colina
 Que se alza orilla del pueblo.
 Conmemorando el sublime
 Sacrificio del Cordero,
 Poco á poco, santas cruces,
 ¡Vais cayendo! ¡Vais cayendo!

Y conforme caéis caen
 La paz del hogar doméstico
 Y la paz de la república
 Que á vuestro pié florecieron.

II.

Los que la triste estadística
 Del crimen vais inquiriendo
 Por aldeas y ciudades
 Para impedir su progreso,
 En vez de ir al consistorio
 Con tan generoso intento,
 Id á la santa colina
 Que se alza orilla del pueblo
 Y os dirán, mejor que estados
 Y judiciales procesos,
 Las cruces que hallais caidas
 Cuantas virtudes cayeron.

III.

Noble tierra de Cantábría
 En cuyos verdes oteros
 La religión y el trabajo
 Tienen altares perpétuos,
 Aun en tus oteros se alzan
 Reverenciados y enhiestos
 Los piadosos simulacros
 Que alzaron nuestros abuelos.
 Noble tierra de Cantábría,
 Cuida de ellos, cuida de ellos,
 Que cuando las cruces caen
 ¡Ay de los pueblos!

(Libro de las montañas.)

BALADAS.

D. VENTURA RUIZ AGUILERA

El Veterano.

—Sigue, padre, ya te escucho.
 —Aún entero en la memoria
 Vive aquel tiempo de gloria
 Para el soldado español.
 Paréceme que mis ojos
 Aun ven el choque sangriento,
 Y el polvo que, por el viento,
 A oscurecer iba el sol.
 —¡Y la pátria te abandona!
 —*En el invierno, hijo mio,*
 Tiemblo de frio!
 ¡Yo, que gané su corona,
 Tiemblo de frio!

—¡Pobre padre! ¡pobre padre!
 —Otra vez nuestra arrogancia
 Arrodillarse hizo á Francia
 En los campos de Bailén.
 A la voz de ¡¡Fuego!! ronca,
 Tronaba la artillería:
 ¡Oh, cuánto francés caía
 Bajo mi sable también!
 —Y la patria á tu querella.....
 —¡*En el invierno, hijo mio,*
 Tiemblo de frio!
 Yo, que combatí por ella,
 Tiemblo de frio!

—¡Triste vejez te guardaba!
 —Mi mano cogió banderas
 De legiones extranjeras
 Que vinieron á lidiar.

Las que en Italia vencieron,
 Las que en el Rhin tremolaron,
 Las que en Oriente espantaron
 Las fieras tribus de Agar.

—¿Y.....ni una sola mirada?

—*En el invierno, hijo mio,
 Tiemblo de frio!*

*En esta cabaña helada
 Tiemblo de frio!*

—Aún te sangran las heridas.

—Y conservan pies y brazos
 Cicatrices de balazos

Que en campaña recibí.

De horrible dolor entonces

El pecho se desgarraba;

Pero allí nadie lloraba.....

Matábase sólo allí.

—¡Buen pago, España, le diste!

—*Y ahora, pobre hijo mio,
 ¡Tiemblo de frio!*

¡En esta cabaña triste

¡Tiemblo de frio!

—¡Maldita la patria sea!

—¡Oh! no, es mi amor, mi consuelo:

Primero te mate el cielo

Que escuchar tu maldición.

La patria es tu dulce madre,

Y si oye nuestros enojos

Ya nos tenderán sus ojos

Miradas de compasión.

—Si, nuestra madre es España,

—¡Si ella nos mira, hijo mio,

No tendré frio!

¡Huyendo de esta cabaña

Pasará el frio!

(Ecos nacionales.)

D. MANUEL OSSORIO Y BERNAD.

La serenata.

—Madre, una música dulce

A mi pesar me despierta,

Es ya más de media noche

Asómate á ver quien sea.

—No escucho nada, hija mia:

Duerme que mi amor te vela

¿Quién ha de dar serenatas

A una pobre niña enferma?

—No: la música que escucho,

De gozo, madre, me llena:

No la producen los hombres

Ni suena junto á las rejas.

Es como un coro de ángeles

Que hácia su cielo me lleva.....

Buenas noches, madre mia,

Dejo con ellos la tierra.

(Calendario religioso—1866.)

D. VENTURA DE LA VEGA.

A la Excmo Sra. Condesa del Montijo

I.

Ausente y presente á un tiempo,
Te aflige y te halaga amor;
Que el *Adúr* y el Manzanares
Dividen tu corazón.

¡Y en dulce duda,
Fijando estás
Aquí tus ojos,
Tu mente allá!

II.

Allá un suspiro del alma
Pide á tu amor maternal,
La que en premio á sus virtudes
Ciñe corona imperial.

¡Y en dulce duda,
Fijando estás
Aquí tus ojos,
Tu mente allá!

III.

Aquí otra prenda querida
Que también tiene á sus piés,
Cual reina de la hermosura,
Vasallos cuantos la ven.

¡Y en dulce duda,
Fijando estás
Aquí tus ojos,
Tu mente allá!

(Poesías.)

CANTARES.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Como asegura un autor,
La muerte es un grande sueño;
Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejor.

—
Mi madre, que me amaba
Con desvarío,
Siempre al verme exclamaba:
«¡Consuelo mio!»
¡Y hoy, santo cielo,
Quién consolar pudiera
A aquel consuelo!

—
Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia
Pecar, hacer penitencia,
Y luego vuelta á empezar.
(Doloras y cantares.)

D. VENTURA RUIZ AQUILERA.

La guitarra que yo toco
Siente como una persona:
Unas veces, canta y rie,
Otras veces, gime y llora.

—
Ei mundo me dió un libro;
Yo soy tan lerdo,

»

Que cuanto más lo estudio
Ménos lo entiendo.

—
La casa de mi vecino
Dos puertas tiene á dos calles;
Cuando el hambre entra por una
Por otra la virtud sale.

(Armonías y cantares.)

D. ANTONIO DE TRUEBA

—
El que no sepa rezar
Que vaya por esos mares,
Y verá qué pronto aprende
Sin enseñárselo nadie.

—
Una heredad en un monte,
Y una casa en la heredad,
Y en la casa pan y amor,
¡Jesús, qué felicidad!

D. AUGUSTO FERRÁN.

—
Me llama holgazán tu madre
¡Cómo si el querer no fuera
Una ocupación muy grande.

—
Desde la mañana
Hasta la alta noche,
¡Siempre luchando el cuerpo ya viejo
Con el alma jóven!

Alta es del ciprés la copa;
 Pero también sus raíces
 Aunque no se ven son hondas.

(Cantares.)

D. MELCHOR DE PALAU.

No seas en el mundo
 Cual mariposa,
 Que busca de las flores
 La más hermosa;
 Copia á la abeja
 Que de flor sin perfume
 Presto se aleja.

Tu corazón y el mio
 Al árbol copian:
 El tuyo en cada año
 Muda sus hojas;
 Y el mio ¡ay triste!
 En que cada año echa
 Nuevas raíces.

(Cantares.)

DOLORAS.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR.

No hay dicha en la tierra.

De niño en el vano aliño
De la juventud soñando,
Pasé la niñez llorando
Con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre perando
Cuando ni un mal le desvela:

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela
¿Dónde está?*

Ya joven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusión perdida
Me arranca, al partir, el alma.
Si en la estación más florida
No hay mal que al alma no duela:

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela
¿Dónde está?*

La paz, con ánsia importuna
 Busco en la vejez inerte;
 Y buscaré en mal tan fuerte
 Junto al sepulcro la cuna.
 Temo á la muerte, y la muerte,
 Todos los males consuela:

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela
 ¿Dónde está?*

El Pájaro ciego.

I.

Porque dicen que un pájaro en cegando
 Canta más y mejor,
 Los ojos le sacó, un día jugando,
 Casilda á un ruiseñor.

II.

Y después ¿cantó más y con más fuego
 El ruiseñor? ¡Ah, sí!
 Se siente más cuando se está más ciego.
 ¡Esto lo sé por mí!

Cosas del tiempo.

Pasan veinte años; vuelve él,
 Y al verse exclaman él y ella:
 (—¡Santo Dios! ¿Y ésta es aquel?...)
 (—¡Dios mio! ¿Y ésta es aquélla?...)

RIMAS.

D. GUSTAVO A. BECQUER.

Del salón en el ángulo oscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!

¡Ay, pensé, cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «¡Levántate y anda!»

Es un sueño la vida,
Pero un sueño febril que dura un punto,
Cuando de él se despierta
Se vé que todo es vanidad y humo... ..
¡Ojalá fuera un sueño
Muy largo y muy profundo;

Un sueño que durára hasta la muerte! ..
Yo soñaría con mi amor y el tuyo.

—

Sé que en su corazón, nido de sierpes,
No hay una fibra que al amor responda,
Que es una estatua inanimada.....pero
¡Es tan hermosa!

II.

POESIA ÉPICA.

I.

POEMA ÉPICO-RELIGIOSO.

FRAY DIEGO DE HOJEDA.

LIBRO V.

La blanca aurora con su rojo paso
En nubes escondida caminaba
Y los celajes del Oriente raso
De oro confuso y turbia luz bordaba;
Y adivina, quizá, del triste caso
Oscurecer quisiera, y alumbraba
No voluntaria, no, mas obediente
Al que gustó de estar en cruz pendiente.

El rubio sol, temiendo la carrera,
Escasa daba su hermosa lumbre,
Y discurría por la cuarta esfera,
Ya no por intención, más por costumbre:
Y si juntarse con verdad pudiera
En el bajo hemisferio y alta cumbre

Oscuridad y luz, y noche y día,
 Todo por hacer mónstruos lo haría.

El aire sus alegres arreboles,
 De apacible escarlata sonrojados,
 Que parecen vistosos tornasoles
 De diversos matices retocados,
 Quitaba al sol; y á mil ardientes soles
 Que embestirle quisieran abrasados,
 Melancólico y turbio se hurtára
 Porque la claridad no le bañara.

Las dulces avecillas voladoras,
 Que al rayar de la luz cantan risueñas,
 Olvidando las músicas sonoras,
 Por su Dios se mostraban zahereñas:
 Mudas las lenguas, ántes chirriadoras,
 Daban de su dolor bastantes señas;
 Que, como naturalmente obedecen
 A Dios, por Dios, callando, se entristecen.

Los peces, que en el agua trasparente
 A la mañana alborozados juegan,
 Y la plaza del aire refulgente
 De aljofar cubren y de escarcha riegan,
 Y remedando al escuadrón valiente
 En varias tropas á encontrarse llegan,
 Dividían los líquidos cristales,
 Mustios, por ver á Dios en penas tales.

Las fieras en los bosques detenidas,
 Contra lo que sus almas les dictaban,
 Las hondas cuevas, de terror vestidas,
 Huyendo de la nueva luz, buscaban:
 Y allí presas, con rabia enfurecidas,
 A su Criador bramando se quejaban,
 Y si tuvieran para más licencia,
 Vengáran su Pasión y su paciencia.

(La Cristiada.)

POEMA ÉPICO-HERÓICO.

D. ALONSO DE ERGILLA.

Discurso del paje de Valdivia á los Araucanos.

Un hijo de un cacique conocido
 que á Valdivia de paje le servía,
 acariciado dél y favorito
 en su servicio á la sazón venía:
 del amor de su patria conmovido,
 viendo que á más andar se retraía,
 comienza á grandes voces á animarla,
 y con tales razones á incitarla:

¡Oh ciega gente, del temor guiada!
 ¿á dó volveis los temerosos pechos?
 que la fama en mil años alcanzada
 aquí perece y todos vuestros hechos:
 la fuerza pierden hoy, jamás violada,
 vuestras leyes, los fueros y derechos:
 de señores, de libres, de temidos,
 quedais siervos, sujetos y abatidos.

Manchais la clara estirpe y descendencia,
 y engeris en el tronco generoso
 una incurable plaga, una dolencia,
 un deshonor perpétuo, ignominioso:
 mirad de los contrarios la importancia,
 la falta del aliento, y el fogoso
 latir de los caballos, las hijadas
 llenas de sangre y de sudor bañadas.

No os desnudeis del hábito y costumbre
 que de nuestros abuelos mantenemos,
 ni el araucano nombre, de la cumbre
 á estado tan infame derribemos:
 huid el grave yugo y servidumbre;
 al duro hierro osado pecho demos;
 ¿por qué mostrais espaldas esforzadas
 que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,
 que el ciego y torpe miedo os vá turbando;
 dejad de vos al mundo eterna historia,
 vuestra sujeta patria libertando:
 volved, no rehuséis tan gran victoria,
 que os está el hado próspero llamando:
 á lo ménos firmad el pié ligero,
 vereis como en defensa vuestra muero.

Enumeración del ejército de Caupolican.

Caupolican con no menor doctrina
 y gran cuidado en todo y providencia,
 la gente de su ejército consina
 á los hombres de suerte y suficiencia
 que en la arte militar y disciplina
 era de mayor prueba y esperiencia.

Y todo puesto á punto, quiso un día
 ver la gente y las armas que tenía.

Era el primero que empezó la nuestra
 el cacique Pillolco el cual armado
 iba de fuertes armas, en la diestra
 un gran bastón de acero barreado;
 delante de su escuadra, gran maestra
 de arrojar el certero dardo usado,
 procediendo en buen orden y manera,

de trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros el fuerte Leucotrou, á quien siguiendo iba una espesa banda de flecheros, gran número de tiros esparciendo.

Venía Rengo tras él con sus maceros, en paso igual y grave procediendo arrogante, fantástico, lozano, con un entero libano en la mano.

Tras él con fiero término seguía el áspero y robusto Tulcomara, que vestida en lugar de arnés traía la piel de un fiero tigre que matara: cuya espantosa boca le ceñía por la frente y quijadas la ancha cara con dos espesas órdenes de dientes blancos, agudos, lisos y lucientes;

Al cual en gran tropel, acompañaban su gente agreste y ásperos soldados, que en apiñada muela le cercaban, de pieles de animales rodeados: luego los talcamávidas pasaban, que son más aparentes que esforzados, debajo del gobierno y del amparo del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera Millalermo mancebo fioreciente, con sus pintadas armas, el cual era del famoso Picoldo descendiente, rigiendo los que habitan la ribera del gran Nibequeten, que su corriente no deja á la pasada fuente y río que todos no los traiga al Biobio.

Pasó luego la nuestra Marcaude, con una cimitarra y ancho escudo,

mozo de presunción y orgullo grande,
 alto de cuerpo, en proporción membrado,
 iba con él su primo Lepomande,
 desnudo, al hombro un gran cuchillo agudo,
 ambos de una divisa, rodeados
 de gente armada y pláticos soldados.

Seguía el orden tras estos Lemolemo,
 arrastrando una pica poderosa,
 delante de su escuadra, por extremo
 lucida entre las otras y vistosa
 un poco atrás del cual iba Gualano,
 cubierto de una piel dura y pelosa
 de un caballo marino, que su padre
 había muerto en defensa de la madre.

· · · · ·
 Fué allí el postrero que pasó en la lista
 (primero en todo) Tucapel el gallardo,
 cubierta una lucida sobrevista
 de unos anchos escaques de oro y pardo:
 grande en el cuerpo, y áspero en la vista,
 con un huello lozano y paso tardo,
 detrás del cual iba un tropel de gente
 arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolican, con la otra parte
 y resto del ejército araucano,
 más encendido que el airado Marte,
 iba con un bastón corto en la mano:
 bajo de cuya sombra y estandarte
 venía el valiente Curgo y Mareguano,
 y el grave y elocuente Colocolo,
 Millo, Teguan, Lambecho y Guampicolo.

Seguían luego detrás sus plimaiquenos,
 tuncos, renoguelones y pencones,
 los itatas, manleses y canquenos,
 de pintadas divisas y fendones,

nibequetenes, puelches y cantenos,
 con una espesa escuadra de peones,
 y multitud confusa de guerreros,
 amigos comarcanos y extranjeros.

Según el mar las olas tiende y crece,
 así crece la fiera gente armada;
 tiembla en torno la tierra y se estremece,
 de tantos pies batida y golpeada:
 lleno el aire de estruendo se oscurece
 con la gran polvareda levantada,
 que en ancho remolino al cielo sube
 cual ciega niebla espesa ó parda nube.

(La Araucana.)

III.

POEMA ÉPICO-FILOSÓFICO-SOCIAL.

D. JOSÉ ESPRONCEDA.

Rizados copos de nevada espuma
 Forma el arroyo que jugando salta,
 Ricos paisajes de vistosa pluma
 En campos de aire el pajarillo esmalta:
 Álzase léjos nebulosa bruma,
 De sombra rica si de luces falta;
 Y el verde prado y el lejano monte
 Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
 Su manto en el Oriente el alba tiende,
 Y blanca, y pura y regalada lumbre
 De su frente de nácares desprende;
 Cándida silfa á su fugaz vislumbre

El aire en torno sonrosado enciende,
 Y en su frente la ondina voluptuosa
 Se mece al son del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina
 Del hondo mar sobre la rubia espalda,
 Ráfagas dando de su luz divina,
 Mécese el sol en lechos de esmeralda:
 La niebla á trozos quiebra y la ilumina
 Del terso azul por la tendida falda;
 Y de naranjas y oro, y fuego pinta
 Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena,
 Y en la de flores mil fértil llanura,
 Y en el seno del agua que serena
 Se desliza entre franjas de verdura,
 El ruido alegre y bullicioso suena
 De seres mil que cantan su ventura,
 Prestando su algazara y movimiento
 Voz á las flores y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan,
 Coronadas de gotas de rocío;
 Las avecillas revolando cantan
 Al blando son del murmurar del río;
 Chispas de luz los aires brillantan
 Salpicando de oro el bosque umbrío;
 Y si el aura á la flor murmura amores,
 La flor le brinda aromas y colores.

Y resonando.....etcétera: que creo
 Basta para contar que ha amanecido;
 Y tanta frase inútil y rodeo,
 A mi corto entender no es más que ruido;
 Pero también á mi me entra deseo
 De echarla de poeta, y el oído,
 Palabra tras palabra colocada,
 Con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecía,
 Y ni el prado, ni el bosque vienen bien,
 Que este segundo Adán no verá el día
 Nacer en los pénsiles del Eden,
 Sinó en la cárcel lóbrega y sombría;
 Que su pecado cometió también
 Viniendo al mundo por extraño hechizo,
 Y es justo que tal pague quien tal hizo.

Corrió entre tanto, por Madrid la fama
 De aquella aparición del hombre nuevo:
 De como viejo se acostó en su cama,
 Y al despertar se levantó mancebo.
 Nueva de que era causa se derrama
 El gran tumulto que contado llevo,
 Cuando atento el patrón, subiendo al ruido,
 Halló en otro á su huesped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo:
 Muchos que ni aun se ocupan de sí mismos;
 Otros que las desgracias de un rey godo
 Leen en la historia y sufren parasismos;
 Quién, por saber la cosa y de qué modo
 Pasó, y contarla luego, á los abismos
 Es capaz de bajar; quien nunca sabe
 Sinó es de aquello en que interés le cabe.

Quién por saber lo que á ninguno importa,
 Anda desempolvando manuscritos
 Para luego dejar la gente absorta
 Con citas y con textos eruditos;
 Otro almacena provisión no corta
 De hechos recientes, cuentos infinitos,
 Y mentiras apaña, y cuanto pasa
 Se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento
 Aquí en la capital ha sucedido;
 Y es tanta la jarana y movimiento

En que su vecindario anda metido,
 Que muchos no tendrán conocimiento
 De un caso no hace mucho acontecido;
 Y á otros tal vez la verdadera historia
 Se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yó, como escritor muy concienzudo,
 Incapaz de forjar una mentira,
 Confesaré al lector que mucho dudo
 De la verdad del caso que le admira;
 Contaré el cuento con mi estilo rudo
 Al ronco son de mi cansada lira,
 Y el hecho á otros afirmar les dejo
 De haberse el mozo convertido en viejo

(El diablo mundo.)

IV.

POEMAS HEROI-CÓMICOS.

LIC. JOMÉ BURGILLOS (LOPE DE VEGA.)

SILVA VI.

Enternecióse el inclito senado,
 Haciendo propia la desdicha ajena,
 Luego que vió que proseguir no pudo;
 Y respondió Panzudo,
 Un gato venerable de persona,
 Aunque pelado de cabeza estaba,
 Cosa que á muchos buenos acontece,
 Si bien esto no fué lo que parece,
 Cuando á un amante viene la pelona;
 Mas golpe que le dió cierta fregona,

Que de un menudo que lavar pensaba,
 Cuando ménos atenta le miraba,
 Asido del principio de una tripa,
 Que á la vista las manos anticipa
 La fué desenvolviendo hasta el tejado,
 Como cordel de un cabo y otro atado,
 Del ovillo de sebo el laberinto,
 Y cada cual de todos participa
 Deste dolor, como si propio fuera;
 Dijo con el semblante mesurado
 En prudentes palabras desalado:
 «Con justa causa Micifuf espera
 Verse favorecido,
 Y vengado también del atrevido
 Que le robó su esposa;
 Fatal desdicha de mujer hermosa.»
 Y respondió Tomillo,
 Propia razón de gato mozalvillo:
 «Por mí ya lo estuviera
 Porque con estas uñas se la diera»
 Pero Zurrón que le miraba enfrente,
 Le dijo: «Con un gato el más valiente
 Que han visto los tejados desta villa,
 Mejor es á la usanza de Castilla,
 Escribirle un papel de desafío.

—No es el voto mio
 (Garrullo replicó), ni que se intente
 Venganza de victoria contingente;
 Que siempre ha estado en varias opiniones
 Si ha de haber desafío en las traiciones.
 Soy de voto que tome el agraviado
 Un arcabuz, y aguarde
 Al gato más valiente ó más cobarde:
 Castigo de que vive descuidado
 Sin miedo del que agravia,

Y propio efecto de la noche oscura.

—Si se pudiera ejecutar segura,

Fuera venganza sábia

(Dijo Chapuz valiente,

Gato de buenas partes);

Mas son tantas las artes

Dese Marramaquiz, gato insolente,

Que no dará ocasión que se ejecute,

Por mucho que la noche el rostro enlute;

Y de mi parecer mejor sería,

Querellarse del robo y castigalle

Por términos jurídicos, y dalle

Muerte que corresponda á la osadia.

—Dirán que es cobardía

(Trebejos replicó), ni esa querella

Está bién al honor de una doncella,

Que es poner su defensa en opiniones;

Que se averigua mal con las razones

Aquello que la causa pone en duda;

Que no hay para mujeres lengua muda:

Que ha dado el mundo en bárbaras quellas,

No pudiendo excusar el nacer dellas.

Pleitos aún no son buenos para gatos,

Porque es gastar la vida y la paciencia,

No hay que tratar de tratos ni contratos,

Ni andar en pruebas ni esperar sentencia.

Si aquesta injuria ha de quedar vengada,

Remítase á la pólvora ó la espada.

—Bien dice (respondió Raposo, haciendo

Debido acatamiento al gran senado)

Trebejos, y no es justo,

Aunque se pruebe lo que estais diciendo

Y quede á vuestro gusto sentenciado,

Que deis al pueblo gusto,

Al teatro sacando neciamente

Un gato con capuz y caperuza;
 Y no menor locura que se intente,
 No siendo Micifuf el moro Muza,
 Tratar de desafíos
 Con quien sabeis que tiene tantos brios.

Perdóneme Zurrón, Chapuz perdone,
 Y aunque la edad le abone,
 Me perdone Panzudo,
 Si de su parecer mi intento mudo;
 Que el mio es juntar gente
 Para tan grave empresa conveniente,
 Y formando escuadrones
 De caballos y armada infantería
 De toda la parienta gatería,
 Hacer guerra al traidor, cercar la tierra,
 Y asestándole tiros y cañones,
 Batirle la muralla noche y día,
 Hasta saber qué gente le socorre;
 Porque si el campo Micifuf le corre,
 Y el sustento le quita,
 O que deje la plaza necesita,
 O en forma de batalla
 Asalta la muralla,
 Él se dará á partido,
 O le castigareis siendo vencido.

Sacad banderas, pues, tóquense cajas,
 Haciendo las baquetas
 Los pergaminos rajas;
 Terciad las picas, disparad cometas,
 Que así cobró su esposa en Troya el griego
 Publicando la guerra á sangre y fuego »
 Calló Raposo, y luego del senado
 El voto conferido
 En la guerra quedó determinado,
 Por ser de todos el mejor partido,

Más justo y más honroso.

Y dando Micifuf, como era justo,
 Los brazos y las gracias á Raposo,
 Brotando humor adusto,
 A hacer la leva de la gente parte.
 Perdona, Amor; que aquí comienza Marte,
 Y sale Tesifonte
 A salpicar de fuego el horizonte;
 Suspende entre las armas los concetos:
 Pues das la causa, escucha los efetos.

(La Gatomaquia.)

V.

POEMAS MENORES.

I.

LEYENDAS.

D. JOSÉ ZORRILLA.

Argumento.

Diego Martinez, antes de partir para las guerras de Flandes, jura á D.^a Inés de Vargas, ante el Cristo de la Vega en Toledo, ser su esposo cuando, pasado un año, regrese de la campaña: tres pasaron y hasta terminaron las guerras sin que se realizasen las esperanzas de la joven, cuando una tarde vió entrar D.^a Inés lucido escuadrón en Toledo, mandado por Diego, ya capitán. Arrójase la niña á sus piés; aquel la rechaza y ella entonces pide justicia al gobernador D. Pedro Ruiz de Alar-

cón, ante el cual manifiesta que tiene por testigo de su juramento al Cristo de la Vega: tómasese declaración y la sagrada imágen lo atestigua poniendo la mano sobre los autos. Diego é Inés renunciaron al mundo y sus vanidades. He aquí un fragmento de tan hermosa leyenda

V.

Era entonces de Toledo
 Por el rey gobernador
 El justiciero y valiente
 D. Pedro Ruiz de Alarcón.

Muchos años por su patria
 El buen viejo peleó;
 Cercenado tiene un brazo,
 Mas entero el corazón.

La mesa tiene delante,
 Los jueces en derredor,
 Los corchetes á la puerta
 Y en la derecha el bastón.

Está, como presidente
 Del tribunal superior,
 Entre un dosel y una alfombra
 Reclinado en un sillón
 Escuchando con paciencia
 La casi asmática voz
 Con que un tétrico escribano
 Solfea una apelación.

Los asistentes bostezan
 Al murmullo arrullador,
 Los jueces medio dormidos
 Hacen pliegues al ropón,
 Los escribanos repasan
 Sus pergaminos al sol,